

Ascension, yendo por el río del Paraguay arriba. Partidos los navios que iban á hacer el descubrimiento de la tierra, dende á ocho dias escribió una carta el capitán Vergara, cómo los tres españoles se habian partido con número de mas de ochocientos indios por el puerto de las Piedras, debajo del Trópico en veinte y cuatro grados, á proseguir su camino y descubrimiento, y que los indios iban muy alegres y deseosos de enseñar á los españoles el dicho camino; y habiéndolos encargado y encomendado á los indios, se partia para el río arriba á hacer el descubrimiento.

CAPITULO XXXV.

Cómo se volvieron de la entrada los tres cristianos y indios que iban á descubrir.

Pasados veinte dias que los tres españoles hobieron partido de la ciudad de la Ascension á ver el camino que los indios se ofrecieron á les enseñar, volvieron á la ciudad, y dijeron que llevando por guia principal Aracare, indio principal de la tierra, habian entrado por el que dicen puerto de las Piedras, y con ellos hasta ochocientos indios, poco mas ó menos; y habiendo caminado cuatro jornadas por la tierra por donde los dichos indios iban, guiando el indio Aracare, principal, como hombre que los indios le temian y acataban con mucho respeto, les mandó, desde el principio de su entrada, fuesen poniendo fuego por los campos por donde iban caminando, que era dar grande aviso á los indios de aquella tierra, enemigos, para que saliesen á ellos al camino y los matasen; lo cual hacian contra la costumbre y orden que tienen los que van á entrar y á descubrir por semejantes tierras y entre los indios se acostumbraba; y allende de esto, el Aracare públicamente iba diciendo á los indios que se volviesen y no fuesen con ellos á les enseñar el camino de las poblaciones de la tierra, porque los cristianos eran malos, y otras palabras muy malas y ásperas, con las cuales escandalizó á los indios; y no embargante que por ellos fueron rogados y importunados siguiesen su camino y dejasen de quemar los campos, no lo quisieron hacer; antes al cabo de las cuatro jornadas se volvieron, dejándolos desamparados y perdidos en la tierra, y en muy gran peligro, por lo cual les fué forzado volverse, visto que todos los indios y las guias se habian vuelto.

CAPITULO XXXVI.

Cómo se hizo tablazon para los bergantines y una carabela.

En este tiempo el Gobernador mandó que se buscasse madera para aserrar y hacer tablazon y ligazon, así para hacer bergantines para el descubrimiento de la tierra, como para hacer una carabela que tenia acordado de enviar á este reino para dar cuenta á su majestad de las cosas sucedidas en la provincia en el descubrimiento y conquista de ella; y el Gobernador personalmente fué por los montes y campos de la tierra con los oficiales y maestros de bergantines y aserradores; los cuales en tiempo de tres meses aserraron toda la madera que les pareció que bastaria para hacer la carabela y diez navios de remos para la navegacion del río y descubrimiento de él; la cual se trajo á la ciudad de la Ascension por los indios naturales, á los cuales mandó pagar

sus trabajos, y de la madera con toda diligencia se comenzaron á hacer los dichos bergantines.

CAPITULO XXXVII.

De cómo los indios de la tierra se tornaron á ofrescer.

Y visto que los cristianos que habia enviado á descubrir y buscar camino para hacer la entrada y descubrimiento de la provincia se habian vuelto sin traer relacion ni aviso de lo que convenia, y que al presente se ofrescian ciertos indios principales naturales de esta ribera, algunos de los cristianos nuevamente convertidos y otros muchos indios, ir á descubrir las poblaciones de la tierra adentro, y que llevarian consigo algunos españoles que lo vieses, y trujesen relacion del camino que así descubriesen, habiendo hablado y platicado con los indios principales que á ello se ofrecieron, que se llamaban Juan de Salazar Cupirati, y Lorenzo Moquiraci, y Timbuay, y Gonzalo Mayrairu, y otros; y vista su voluntad y buen celo con que se movian á descubrir la tierra, se lo agradesció y ofresció que su majestad, y él en su real nombre, se lo pagarian y gratificarian; y á esta sazón le pidieron cuatro españoles, hombres pláticos en aquella tierra, les diese la empresa del descubrimiento, porque ellos irian con los indios y pornian en descubrir el camino toda la diligencia que para tal caso se requeria; y visto que de su voluntad se ofrescian, el Gobernador se lo concedió. Estos cristianos que se ofrescieron á descubrir este camino, y los indios principales con hasta mil y quinientos indios que llamaron y juntaron de la tierra, se partieron á 15 dias del mes de diciembre del año de 542 años, y fueron navegando con canoas por el río del Paraguay arriba, y otros fueron por tierra hasta el puerto de las Piedras, por donde se habia de hacer la entrada al descubrimiento de la tierra, y habian de pasar por la tierra y lugares de Aracare, que estorbaba que no se descubriese el camino pasado á los indios, á que nuevamente iban, y que no fuesen induciéndoles con palabras de motin; y no lo queriendo hacer los indios, se lo quisieron hacer dejar descubrir por fuerza, y todavía pasaron delante; y llegados al puerto de las Piedras los españoles, llevando consigo los indios y algunos que dijeron que sabian el camino por guias, caminaron treinta dias continuo por tierra despoblada, donde pasaron grandes hambres y sed; en tal manera, que murieron algunos indios, y los cristianos con ellos se vieron tan desatinados y perdidos de sed y hambre, que perdieron el tino y no sabian por dónde habian de caminar; y de esta causa se acordaron de volver y se volvieron, comiendo por todo el camino cardos salvajes, y para beber sacaban zumo de los cardos y de otras yerbas, y á cabo de cuarenta y cinco dias volvieron á la ciudad de la Ascension; y venido por el río abajo, el dicho Aracare les salió al camino y les hizo mucho daño, mostrándose enemigo capital de los cristianos y de los indios que eran amigos, haciendo guerra á todos; y los indios y cristianos llegaron flacos y muy trabajados. Y vistos los daños tan notorios que el dicho Aracare indio habia hecho y hacia, y cómo estaba declarado por enemigo capital, con parecer de los oficiales de vuestra majestad y religiosos, mandó el Gobernador proceder contra él, y se hizo el proceso, y mandó

que á Aracare le fuesen notificados los autos, y así se lo notificaron, con gran peligro y trabajo de los españoles que para ello envió, porque Aracare los salió á matar con mano armada, levantando y apellidando todos sus parientes y amigos para ello; y hecho y fulminado el proceso conforme á derecho, fué sentenciado á pena de muerte corporal, la cual fué ejecutada en el dicho Aracare indio, y á los indios naturales les fué dicho y dado á entender las razones y causas justas que para ello habia habido. A 20 dias del mes de diciembre vinieron á surgir al puerto de la ciudad de la Ascension los cuatro bergantines que el Gobernador habia enviado al río del Paraná á socorrer los españoles que venian en la nao que envió dende la isla de Santa Catalina, y con ellos el batel de la nao, y en todos cinco navios vino toda la gente, y luego todos desembarcaron. Pedro Destopiñan Cabeza de Vaca, á quien dejó por capitán de la nao y gente, el cual dijo que llegó con la nao al río del Paraná, y que luego fué en demanda del puerto de Buenos-Aires; y en la entrada del puerto, junto donde estaba asentado el pueblo, halló un mastel enarbolado hincado en tierra, con unas letras cavadas que decian: «Aquí está una carta;» y fué hallada en unos barrenos que se dieron; la cual abierta, estaba firmada de Alonso Cabrera, veedor de fundiciones, y de Domingo de Irala, vizcaíno, que se decia y nombraba teniente de gobernador de la provincia; y decia dentro de ella cómo habian despoblado el pueblo del puerto de Buenos-Aires, y llevado la gente que en él residia á la ciudad de la Ascension por causas que en la carta se contenian; y que de causa de hallar el pueblo alzado y levantado, habia estado muy cerca de ser perdida toda la gente que en la nao venia, así de hambre como por guerra que los indios guaranies les daban; y que por tierra, en un esquife de la nao, se le habian ido veinte y cinco cristianos huyendo de hambre, y que iban á la costa del Brasil; y que si tan brevemente no fueran socorridos, y á tardarse el socorro un día solo, á todos los mataran los indios; porque la propia noche que llegó el socorro, con haberles venido ciento y cincuenta españoles pláticos en la tierra á socorrerlos, los habian acometido los indios al cuarto del alba y puesto fuego á su real, y les mataron y hirieron cinco ó seis españoles; y con hallar tan gran resistencia de navios y de gente, les pusieron los indios en muy gran peligro; y así, se tuvo por muy cierto que los indios mataran toda la gente española de la nao si no se hallara allí el socorro, con el cual se reformaron y esforzaron para salvar la gente; y que allende de esto, se puso grande diligencia á tornar á fundar y asentar de nuevo el pueblo y puerto de Buenos-Aires, en el río del Paraná, en un río que se llama el río de San Juan, y no se pudo asentar ni hacer á causa que era á la sazón invierno, tiempo trabajoso, y las tapias que se hacian las aguas las derribaban. Por manera que les fué forzado dejarlo de hacer, y fué acordado que toda la gente se subiese por el río arriba, y traeria á esta ciudad de la Ascension. A este capitán Gonzalo de Mendoza, siempre la víspera ó día de Todos Santos le acontecia un caso desastrado, y á la boca del río, el mismo día, se le perdió una nao cargada de bastimento y se le ahogó gente harta, y viniendo navegando aconteció un acaso extra-

ño. Estando la víspera de Todos Santos surtos los navios en la ribera del río junto á unas barranqueras altas, y estando amarrada á un árbol la galera que traia Gonzalo de Mendoza, tembló la tierra, y levantada la misma tierra se vino arrollada como un golpe de mar hasta la barranca, y los árboles cayeron en el río y la barranca dió sobre los bergantines, y el árbol do estaba amarrada la galera dió tan gran golpe sobre ella que la volvió de abajo arriba, y así la llevó mas de media legua llevando el mastel debajo y la quilla encima; y de esta tormenta se le ahogaron en la galera y otros navios catorce personas entre hombres y mujeres; y segun lo dijeron los que se hallaron presentes, fué la cosa mas temerosa que jamás pasó; y con este trabajo llegaron á la ciudad de la Ascension, donde fueron bien aposentados y proveidos de todo lo necesario; y el Gobernador con toda la gente dieron gracias á Dios por haberlos traído á salvamiento y escapado de tantos peligros como por aquel río hay y pasaron.

CAPITULO XXXVIII.

De cómo se quemó el pueblo de la Ascension.

A 4 dias del mes de febrero del año siguiente de 543 años, un domingo de madrugada, tres horas antes que amaneciese, se puso fuego á una casa pajiza dentro de la ciudad de la Ascension, y de allí saltó á otras muchas casas; y como habia viento fresco, andaba el fuego con tanta fuerza, que era espanto de lo ver, y puso grande alteracion y desasosiego á los españoles, creyendo que los indios por les echar de la tierra lo habian hecho. El Gobernador á la sazón hizo dar al arma para que acudiesen á ella y sacasen sus armas, y quedasen armados para se defender y sustentar en la tierra; y por salir los cristianos con sus armas, las escaparon, y quemóseles toda su ropa, y quemáronse mas de docientas casas, y no les quedaron mas de cincuenta casas, las cuales escaparon por estar en medio un arroyo de agua, y quemáronseles mas de cuatro ó cinco mil hanegas de maíz en grano, que es el trigo de la tierra, y mucha harina de ello, y muchos otros mantenimientos de gallinas y puercos en gran cantidad, y quedaron los españoles tan perdidos y destruidos y tan desnudos, que no les quedó con que se cubrir las carnes; y fué tan grande el fuego, que duró cuatro dias; hasta una braza debajo de la tierra se quemó, y las paredes de las casas con la fortaleza de él se cayeron. Averiguóse que una india de un cristiano habia puesto el fuego; sacudiendo una hamaca que se le quemaba, dió una morcella en la paja de la casa; como las paredes son de paja, se quemó; y visto que los españoles quedaban perdidos y sus casas y haciendas assoladas, de lo que el Gobernador tenia de su propia hacienda los remedió, y daba de comer á los que no lo tenian, mercando de su hacienda los mantenimientos, y con toda diligencia les ayudó y les hizo hacer sus casas, haciéndolas de tapias, por quitar la ocasion que tan fácilmente no se quemasen cada día; y puestos en ello, y con la gran necesidad que tenian de ellas, en pocos dias las hicieron.

CAPITULO XXXIX.

Cómo vino Domingo de Irala.

A 15 días del mes de hebrero vino á surgir á este pueblo de la Ascension Domingo de Irala, con los tres bergantines que llevó al descubrimiento del río del Paraguay; el cual salió en tierra á dar relacion al Gobernador de su descubrimiento; y dijo que dende 20 de octubre, que partió del puerto de la Ascension, hasta el de los Reyes, 6 días del mes de enero, había subido por el río del Paraguay arriba, contratando y tomando aviso de los indios naturales que están en la ribera del río hasta aquel dicho día; que había llegado á una tierra de una generacion de indios labradores y criadores de gallinas y patos, los cuales crían estos indios para defenderse con ellos de la importunidad y daño que les hacen los grillos, porque cuantas mantas tienen se las roen y comen; críanse estos grillos en la paja con que están cubiertas sus casas, y para guardar sus ropas tienen muchas tinajas, en las cuales meten sus mantas y cueros dentro, y tápanlas con unos tapaderos de barro, y de esta manera defienden sus ropas, porque de la cumbre de las casas caen muchos de ellos á buscar qué roer, y entonces dan los patos en ellos con tanta prisa, que se los comen todos; y esto hacen dos ó tres veces cada día que ellos salen á comer, que es hermosa cosa de ver la montanera con ellos; y estos indios habitan y tienen sus casas dentro de unas lagunas y cercados de otras; llámase cacocios chaneses; y que de los indios había tenido aviso que por la tierra era el camino para ir á las poblaciones de la tierra adentro; y que él había entrado tres jornadas, y que le había parecido la tierra muy buena, y que la relacion de dentro de ella le habían dado los indios; y allende de esto, en estos pueblos de los indios de esta tierra había grandes bastimentos, adonde se podían fornecer para poder hacer por allí la entrada de la tierra y conquista; y que había visto entre los indios muestra de oro y plata, y se habían ofrescido á le guiar y enseñar el camino, y que en todo su descubrimiento que había hecho por todo el río, no había hallado ni tenido nueva de tierra mas aparejada para hacer la entrada que determinaba hacer; y que teniendo por tal, había entrado por la tierra adentro por aquella parte, que por haber llegado en el mismo día de los Reyes á ella, le había puesto por nombre el puerto de los Reyes, y dejaba los naturales de él con gran deseo de ver los españoles, y que el Gobernador fuese á los conocer; y luego como Domingo de Irala hobo dado la relacion al Gobernador de lo que había hallado y traía, mandó llamar y juntar á los religiosos y clérigos y á los oficiales de su majestad y á los capitanes; y estando juntos, les mandó leer la relacion que había traído Domingo de Irala, y les rogó que sobre ello hobiesen su acuerdo, y le diesen su parecer de lo que se había de hacer para descubrir aquella tierra, como convenia al servicio de Dios y de su majestad (como otra vez lo tenía pedido y rogado); porque así convenia al servicio de su majestad, pues tenían camino cierto descubierto, y era el mejor que hasta entonces habían hallado; y todos juntos, sin discrepar ninguno, dieron su parecer, diciendo que convenia mucho

al servicio de su majestad que con toda presteza se hiciese la entrada por el puerto de los Reyes, y que así convenia y lo daban por su parecer, y lo firmaban de sus nombres; y que luego sin dilacion ninguna se había de poner en efecto la entrada, pues la tierra era poblada de mantenimientos y otras cosas necesarias para el descubrimiento de ello. Vistos los pareceres de los religiosos, clérigos y capitanes, y conformándose con ellos el Gobernador, pareciéndole ser así cumplidero al servicio de su majestad, mandó aderezar y poner á punto los diez bergantines que él tenía hechos para el mismo descubrimiento, y mandó á los indios guaraníes que le vendiesen los bastimentos que tenían, para cargar y fornecer de ellos los bergantines y canoas que estaban prestos para el viaje y descubrimiento, porque el fuego que había pasado antes le había quemado todos los bastimentos que él tenía, y por esto le fué forzado comprar de su hacienda á los indios los bastimentos, y él les dió á los indios muchos rescates por ellos, por no aguardar á que viniesen otros frutos, para despachar y proveer con toda brevedad; y para que mas brevemente se hiciese, y le trajesen los bastimentos sin que los indios viniesen cargados con ellos, envió al capitán Gonzalo de Mendoza con tres bergantines por el Paraguay arriba á la tierra y lugares de los indios sus amigos y vasallos de su majestad, que les tomase los bastimentos, y mandó que los pagase á los indios y les hiciese muy buenos tratamientos, y que les contentase con rescates, que llevaba mucha copia de ellos; y que mandase y aperebiese á las lenguas que habían de pagar á los indios los bastimentos, los tratasen bien, y no les hiciesen agravios y fuerzas, so pena que serian castigados; y que así lo guardasen y cumpliesen.

CAPITULO XL.

De lo que escribió Gonzalo de Mendoza.

Dende á pocos días que Gonzalo de Mendoza se hubo partido con los tres navíos escribió una carta al Gobernador, por la cual le hacia saber cómo él había llegado al puerto que dicen de Giguy, y había enviado por la tierra adentro á los lugares donde le habían de dar los bastimentos, y que muchos indios principales que le habían venido á ver y comenzado á traer los bastimentos, y que las lenguas habían venido huyendo á se recoger á los bergantines porque los habían querido matar los amigos y parientes de un indio que andaba alzado, y andaba alborotando la tierra contra los cristianos y contra los indios que eran nuestros amigos; que decían que no les diesen bastimentos, y que muchos indios principales que habían venido á pedirle ayuda y socorro para defender y amparar sus pueblos de dos indios principales, que se decían Guacani y Atabare, con todos sus parientes y valedores, y les hacían la guerra crudamente á fuego y á sangre, y les quemaban sus pueblos, y les corrían la tierra, diciendo que los matarían y destruirían si no se juntaban con ellos para matar y destruir y echar de la tierra á los cristianos; y que él andaba entreteniendo y temporizando con los indios hasta le hacer saber lo que pasaba, para que proveyese en ello lo que conviniese; porque allende de lo susodicho, los indios no le traían ningun bastimento,

por tenerlos tomados los contrarios los pasos; y los españoles que estaban en los navíos padescian mucha hambre.

Y vista la carta de Gonzalo de Mendoza, mandó el Gobernador llamar á los frailes y clérigos y oficiales de su majestad y á los capitanes, los cuales fueron juntos, y les hizo leer la carta; y vista, les pidió que le diesen parecer lo que sobre ello les pareciese que se debía de hacer, conformándose con la instruccion de su majestad, la cual les fué leída en su presencia; y que conformándose con ella, le diesen su parecer de lo que debía de hacer y que mas conviniese al servicio de su majestad; los cuales dijeron que, pues los dichos indios hacían la guerra contra los cristianos y contra los naturales vasallos de su majestad, que su parecer de ellos era, y así lo daban, y dieron y firmaron de sus nombres, que debía mandar enviar gente de guerra contra ellos, y requerirles primero con la paz, aperebiéndolos que se volviesen á la obediencia de su majestad; que si no lo quisiesen hacer, se lo requiriesen una, y dos, y tres veces, y mas cuantas pudiesen, protestándoles que todas las muertes y quemas y daños que en la tierra se hiciesen fuesen á su cargo y cuenta de ellos; y cuando no quisiesen venir á dar la obediencia, que les hiciese la guerra como contra enemigos, y amparando y defendiendo á los indios amigos que estaban en la tierra.

Dende á pocos días que los religiosos y clérigos y los demás dieron su parecer, el mismo capitán Gonzalo de Mendoza tornó á escribir otra carta al Gobernador; en la cual le hacia saber cómo los indios Guacani y Atabare, principales, hacían cruel guerra á los indios amigos, corriendo la tierra, matándolos y robándolos, hasta llegar al puerto donde estaban los cristianos que habían venido defendiendo los bastimentos; y que los indios amigos estaban muy fatigados, pidiendo cada día socorro á Gonzalo de Mendoza, y diciéndole que si brevemente no los socorria, todos los indios se alzarían, por excusar la guerra y daños que tan cruel guerra les hacia de continuo.

CAPITULO XLI.

De cómo el Gobernador socorrió á los que estaban con Gonzalo de Mendoza.

Vista esta segunda carta, y las demás querellas que daban los naturales, el Gobernador tornó á comunicar con los religiosos, clérigos y oficiales, y con su parecer mandó que fuese el capitán Domingo de Irala á favorecer los indios amigos, y á poner en paz la guerra que se había comenzado, favoreciendo los naturales que recibían daño de los enemigos; y para ello envió cuatro bergantines, con ciento y cincuenta hombres, demás de los que tenía el capitán Gonzalo de Mendoza allí; y mandó que Domingo de Irala con la gente, que fuesen derechos á los lugares y puertos de Guacani y Atabare, y les requiriese de parte de su majestad que dejasen la guerra y se apartasen de hacerla, y volviesen y diesen la obediencia á su majestad; que fuesen amigos de los españoles; y que cuando siendo así requeridos y amonestados una, y dos, y tres veces, y cuantas mas debiesen y pudiesen, con el menor daño que pudiesen les hiciesen guerra, excusando muertes y robos

y otros males, y los constriniesen apretándoles para que dejasen la guerra y tornasen á la paz y amistad que antes solían tener, y lo procurase por todas las vias que pudiese.

CAPITULO XLII.

De cómo en la guerra murieron cuatro cristianos que hirieron.

Partido Domingo de Irala y llegado en la tierra y lugares de los indios, envió á requerir y amonestar á Atabare y á Guacani, indios principales de la guerra, y con ellos estaba gran copia de gente esperando la guerra; y como las lenguas llegaron á requerirles, no los habían querido oír, antes enviaron á desafiar á los indios amigos, y les robaban y les hacían muy grandes daños, que defendiéndoles y apartándoles habían habido con ellos muchas escaramuzas, de las cuales habían salido heridos algunos cristianos, los cuales envió para que fuesen curados en la ciudad de la Ascension, y cuatro ó cinco murieron de los que vinieron heridos, por culpa suya y por excesos que hicieron, porque las heridas eran muy pequeñas y no eran de muerte ni de peligro; porque el uno de ellos, de solo un rascaño que le hicieron con una flecha en la nariz en soslayo, murió, porque las flechas traían yerba; y cuando los que son heridos de ella no se guardan mucho de tener excesos con mujeres, porque en lo demás no hay de qué temer la yerba de aquella tierra. El Gobernador tornó á escribir á Domingo de Irala, mandándole que por todas las vias y formas que él pudiese trabajase por hacer paz y amistad con los indios enemigos, porque así convenia al servicio de su majestad; porque entre tanto que la tierra estuviere en guerra, no podían dejar de haber alborotos y escándalos y muertes y robos y desasosiegos en ella, de los cuales Dios y su majestad serian deservidos; y con esto que le envió á mandar, le envió muchos rescates para que diese y repartiese entre los indios que habían servido, y con los demás que le pareciese que podrían asentar y perpetuar la paz; y estando las cosas en este estado, Domingo de Irala procuró de hacer las paces; y como ellos estuviesen muy fatigados y trabajados de la guerra tan brava como los cristianos les habían hecho y hacían, deseaban tener ya paz con ellos; y con las muchas dádivas que el Capitán General les envió, con muchos ofrescimientos nuevos que de su parte se les hizo, vinieron á asentar la paz y dieron de nuevo la obediencia á su majestad, y se conformaron con todos los indios de la tierra; y los indios principales Guacani y Atabare, y otros muchos juntamente en amistad y servicio de su majestad, fueron ante el Gobernador á confirmar las paces, y él dijo á los de la parte de Guacani y Atabare que en se apartar de la guerra habían hecho lo que debían, y que en nombre de su majestad les perdonaba el desacato y desobediencia pasada, y que si otra vez lo hiciesen que serian castigados con todo rigor, sin tener de ellos ninguna piedad; y tras de esto, les dió rescates, y se fueron muy alegres y contentos. Y viendo que aquella tierra y naturales de ella estaban en paz y concordia, mandó poner gran diligencia en traer los bastimentos y las otras cosas necesarias para fornecer y cargar los navíos que habían de ir á la entrada y des-

cubrimiento de la tierra por el puerto de los Reyes, por do estaba concertado y determinado que se proseguiese; en pocos dias le trujeron los indios naturales mas de tres mil quintales de harina de mandioca y maíz, y con ellos acabó de cargar todos los navios de bastimentos, los cuales les pagó mucho á su voluntad y contento, y proveyó de armas á los españoles que no las tenían, y de las otras cosas necesarias que eran menester.

CAPITULO XLIII.

De cómo los frailes se iban huidos.

Estando á punto apercebidos y aparejados los bergantines, y cargados los bastimentos y las otras cosas que convenian para la entrada y descubrimiento de la tierra, como estaba concertado, y los oficiales de su majestad y religiosos y clérigos lo habian dado por pa- rescer, callada y encubiertamente inducieren y levantaron al comisario fray Bernaldo de Armenta y fray Alonso Lebron, su compañero, de la orden de san Francisco, que se fuesen por el camino que el Gobernador descubrió, dende la costa del Brasil por entre los lugares de los indios, y que se volviesen á la costa, y llevasen ciertas cartas para su majestad, dándole á entender por ellas que el Gobernador usaba mal de la gobernacion que su majestad le habia hecho merced, movidos con mal celo por el odio y enemistad que le tenían, por impedir y estorbar la entrada y descubrimiento de la tierra que iba á descubrir (como dicho tengo); lo cual hacian porque el Gobernador no sirviese á su majestad ni diese ser ni descubriese aquella tierra; y la causa de esto habia sido porque cuando el Gobernador llegó á la tierra la halló pobre, y desarmados los cristianos, y rotos los que en ella servian á su majestad; y los que en ella residian se le querellaron de los agravios y malos tratamientos que los oficiales de su majestad les hacian, y que por su proprio interese particular habian echado un tributo y nueva impuscion muy contra justicia y contra lo que se usa en España y en Indias, á la cual impuscion pusieron nombre de quinto, de lo cual está hecha memoria en esta relacion, y por esto querian impedir la entrada, y el secreto de esto de que se querian ir los frailes, andaba el uno de ellos con un Crucifijo debajo del manto, y hacian que pusiesen la mano en el Crucifijo y jurasen de guardar el secreto de su ida de la tierra para el Brasil; y como esto supieron los indios principales de la tierra, parecieron ante el Gobernador, y le pidieron que les mandase dar sus hijas, las cuales ellos habian dado á los dichos frailes para que se las industriasen en la doctrina cristiana; y que entonces habian oido decir que los frailes se querian ir á la costa del Brasil, y que les llevaban por fuerza sus hijas, y que antes que llegasen allá se solian morir todos los que allá iban; y porque las indias no querian ir y huian, que los frailes las tenían muy sujetas y aprisionadas. Cuando el Gobernador vino á saber esto, ya los frailes eran idos, y envió tras de ellos y los alcanzaron dos leguas de allí, y los hizo volver al pueblo. Las mozas que llevaban eran treinta y cinco; y ansimismo envió tras de otros cristianos que los frailes habian levantado, y los alcanzaron y truje-

ron, y esto causó grande alboroto y escándalo, así entre los españoles como en toda la tierra de los indios, y por ello los principales de toda la tierra dieron grandes querellas por llevales sus hijas; y así, llevaron al Gobernador un indio de la costa del Brasil, que se llamaba Domingo, muy importante al servicio de su majestad en aquella tierra; y habida informacion contra los frailes y oficiales, mandó prender á los oficiales, y mandó proceder contra ellos por el delito que contra su majestad habian cometido; y por no detenerse el Gobernador con ellos, cometió la causa á un juez para que conociese de sus culpas y cargos, y sobre fianzas llevó los dos de ellos consigo, dejando los otros presos en la ciudad, y suspendidos los officios, hasta tanto que su majestad proveyese en ello lo que mas fuese servido.

CAPITULO XLIV.

De cómo el Gobernador llevó á la entrada cuatrocientos hombres.

A esta sazón ya todas las cosas necesarias para seguir la entrada y descubrimiento estaban aparejadas y puestas á punto, y los diez bergantines cargados de bastimentos y otras municiones; por lo cual el Gobernador mandó señalar y escoger cuatrocientos hombres arcabuceros y ballesteros, para que fuesen en el viaje, y la mitad de ellos se embarcaron en los bergantines, y los otros, con doce de caballo, fueron por tierra cerca del río, hasta que fuesen en el puerto que dicen de Guaviaño, yendo siempre la gente por los pueblos y lugares de los indios guaranies, nuestros amigos, porque por allí era mejor; embarcaron los caballos, y porque no se detuviesen en los navios esperándolos, los mandó partir ocho dias antes, porque fuesen manteniéndose por tierra y no gastasen tanto mantenimiento por el río, y fué con ellos el factor Pedro Dorantes y el contador Felipe de Cáceres; y dende á ocho dias adelante el Gobernador se embarcó, después de haber dejado por su lugarteniente de capitan general á Juan de Salazar de Espinosa, para que en nombre de su majestad sustentase y gobernase en paz y en justicia aquella tierra, y quedando en ella docientos y tantos hombres de guerra, arcabuceros y ballesteros, y todo lo necesario que era menester para la guarda de ella, y seis de caballo entre ellos; y día de Nuestra Señora de Septiembre dejó hecha la iglesia, muy buena, que el gobernador trabajó con su persona en ella siempre, que se habia quemado. Partió del puerto con los diez bergantines y ciento y veinte canoas, y llevaban mil y docientos indios en ellas, todos hombres de guerra, que parecian extrañamente bien verlos ir navegando en ellas, con tanta munición de arcos y flechas; iban muy pintados, con muchos penachos y plumería, con muchas planchas de metal en la frente, muy lucias, que cuando les daba el sol resplandecian mucho, y dicen ellos que las traen porque aquel resplandor quita la vista á sus enemigos, y van con la mayor grita y placer del mundo; y cuando el Gobernador partió de la ciudad, dejó mandado al capitan Salazar que con la mayor diligencia que pudiese, hiciese dar priesa, y que se acabase de hacer la carabela que él mandó hacer porque estuviere hecha para cuando volviese de la entrada, y pudiese dar con ella aviso á su majestad de la entrada y de todo lo sucedido

en la tierra, y para ello dejó todo recaudo muy cumplidamente, y con buen tiempo llegó al puerto de Capua, á do vinieron los principales á recibir al Gobernador, y él les dijo cómo iba en descubrimiento de la tierra; por lo cual les rogaba, y de parte de su majestad les mandaba, que por su parte estuviesen siempre en paz, y así lo procurasen siempre estar con toda concordia y amistad, como siempre lo habian estado; y haciéndolo así, el Gobernador les prometia de les hacer siempre buenos tratamientos y les aprovechar, como siempre lo habia hecho; y luego les dió y repartió á ellos y á sus hijos y parientes muchos rescates de lo que llevaba, graciosamente, sin ningun interese; y así, quedaron contentos y alegres.

CAPITULO XLV.

De cómo el Gobernador dejó de los bastimentos que llevaba.

En este puerto de Capua, porque iban muy cargados de bastimentos los navios, tanto, que no lo podian sufrir, por asegurar la carga, dejó allí mas de docientos quintales de bastimentos; y acabados de dejar, se hicieron á la vela, y fueron navegando prósperamente hasta que llegaron á un puerto que los indios llaman Inriquizaba, y llegó á él á un hora de la noche; y por hablar á los indios naturales de él estuvieron hasta tercero día, en el cual tiempo le vinieron á ver muchos indios cargados de bastimentos, que dieron así entre los españoles que allí iban como entre los indios guaranies que llevaba en su compañía; y el Gobernador los recibió á todos con buenas palabras, porque siempre fueron estos amigos de los cristianos y guardaron amistad; y á los principales y á los demás que trujeron bastimentos les dió rescates, y les dijo cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra, lo cual era bien y provecho de todos ellos, y que entre tanto que el Gobernador tornaba, les rogaba siempre tuviesen paz, y guardasen paz á los españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension, y así se lo prometieron de lo hacer; y dejándolos muy contentos y alegres, navegaron con buen tiempo río arriba.

CAPITULO XLVI.

Cómo paró por hablar á los naturales de la tierra de aquel puerto.

A 12 dias del mes llegó á otro puerto que se dice Itaqui, en el cual hizo surgir y parar los bergantines, por hablar á los naturales del puerto, que son guaranies y vasallos de su majestad; y el mismo dia vinieron al puerto gran número de indios cargados de bastimentos para la gente, y con ellos sus principales, á los cuales el Gobernador dió cuenta, como á los pasados, cómo iba á hacer el descubrimiento de la tierra; y que en el entre tanto que volvía, les rogaba y mandaba que tuviesen mucha paz y concordia con los cristianos españoles que quedaban en la ciudad de la Ascension; y demás de pagarles los bastimentos que habian traído, dió y repartió entre los mas principales y los demás sus parientes, muchos rescates graciosos, de lo cual ellos quedaron muy contentos y bien pagados; estuvo con ellos aquí dos dias, y el mismo dia se partió, y llegó otro dia á otro puerto que llaman Itaqui, y pasó por él, y fué á surgir al puerto que dicen de Guacani, que es

el que se habia levantado con Atabare para hacernos la guerra que he dicho; los cuales vivian en paz y concordia; y luego como supieron que estaba allí, vinieron á ver al Gobernador, con muchos indios, otros de su liga y parcialidad; los cuales el Gobernador recibió con mucho amor, porque cumplan las paces que habian hecho, y toda la gente que con ellos venia, venian alegres y seguros, porque estos dos, estando en nuestra paz y amistad, con tenerlos á ellos solos, toda la tierra estaba segura y quedaba pacífica; y otro dia que vinieron les mostró mucho amor y les dió muchos rescates graciosos, y lo mismo hizo con sus parientes y amigos, demás de pagar los bastimentos á todos aquellos que los trujeron; de manera que ellos quedaron contentos; y como ellos son la cabeza principal de los naturales de aquella tierra, el Gobernador les habló lo mas amorosamente que pudo, y les encomendó y rogó que se acordasen de tener en paz y concordia toda aquella tierra, y tuviesen cuidado de servir y visitar á los españoles cristianos que quedaban en la ciudad de la Ascension, y siempre obedeciesen los mandamientos que mandasen de nombre de su majestad; á lo cual respondieron que después que ellos habian hecho la paz y tornado á dar la obediencia á su majestad, estaban determinados de lo guardar y hacer así, como él lo veria; y para que mas se creyese de ellos, que el Atabare queria ir con él, como hombre mas usado en la guerra, y que el Guacani convenia que quedase en la tierra en guarda de ella, para que siempre estuviesen en paz y concordia; y al Gobernador le pareció bien, y tuvo en mucho su ofrescimiento, porque le pareció que era buena partida para que cumplieran lo que ofrescian, y la tierra quedaba muy pacífica y segura con ir Atabare en su compañía, y él se lo agradeció mucho, y aceptó su ida, y le dió mas rescates que á otro ninguno de los principales de aquel río; y es cierto que teniendo á este contento, toda la tierra quedaria en paz, y no se osaría levantar ninguno, de miedo de él; y encomendó á Guacani mucho los cristianos, y él lo prometió de lo hacer y cumplir como se lo prometia; y así, estuvo allí cuatro dias hablándolos, contentándolos y dándoles de lo que llevaba; con que los dejó muy contentos. Estándose despachando en este puerto, se le murió el caballo al factor Pedro Dorantes, y dijo al Gobernador que no se hallaba en disposicion para seguir el descubrimiento y conquista de la dicha provincia sin caballo; por tanto, que él se queria volver á la ciudad de la Ascension, y que en su lugar dejaba y nombraba, para que sirviese en el oficio de factor, á su hijo Pedro Dorantes, el cual por el Gobernador y por el contador, que iba en su compañía, fué recibido y admitido al oficio de factor, para que se hallase en el descubrimiento y conquista en lugar de su padre; y así, se partió en su compañía el dicho Atabare (indio principal) con hasta treinta indios parientes y criados suyos, en tres canoas. El Gobernador se hizo á la vela del puerto de Guacani, fué navegando por el río del Paraguay arriba, y viénes 24 dias del mes de septiembre llegó al puerto que dicen de Ipananie, en el cual mandó surgir y parar los bergantines, así para hablar á los indios naturales de esta tierra, que son vasallos de su majestad,

como porque le informaron que entre los indios del puerto estaba uno de la generacion de los guaranies, que habia estado captivo mucho tiempo en poder de los indios payaguaes, y sabia su lengua, y sabia su tierra y asiento donde tenian sus pueblos, y por lo traer consigo para hablar con los indios payaguaes (que fueron los que mataron á Juan de Ayolas y cristianos), y por via de paz haber de ellos el oro y plata que le tomaron y robaron; y como llegó al puerto, luego salieron los naturales de él con mucho placer, cargados de muchos bastimentos, y el Gobernador los recibió y hizo buenos tratamientos, y les mandó pagar todo lo que trujeron, y á los indios principales les dió graciosamente muchos rescates; y habiendo hablado y platicado con ellos, les dió la necesidad que tenia del indio que habia sido captivo de los indios payaguaes, para lo llevar por lengua y intérprete de los indios, para los atraer á paz y concordia, y para que encaminase el armada donde tenian asentados sus pueblos; los cuales indios luego enviaron por la tierra adentro á ciertos lugares de indios á llamar el indio con gran diligencia.

CAPITULO XLVII.

De cómo envió por una lengua para los payaguaes.

Dende á tres dias que los naturales del puerto de Ipananie enviaron á llamar el indio, vino donde estaba el Gobernador, y se ofreció á ir en su compañía y enseñarle la tierra de los indios payaguaes; y habiendo contentado los indios del puerto, se hizo á la vela por el rio del Paraguay arriba, y llegó dentro de cuatro dias al puerto que dicen de Guayviaño, que es donde acaba la poblacion de los indios guaranies; en el cual puerto mandó surgir, para hablar á los indios naturales; los cuales vinieron, y trujeron los principales muchos bastimentos, y alegremente los recibieron, y el Gobernador les hizo buenos tratamientos, y mandó pagar sus bastimentos, y les dió á los principales graciosamente muchos rescates y otras cosas; y luego le informaron que la gente de á caballo iba por la tierra adentro y habia llegado á sus pueblos, los cuales habian sido bien recibidos, y les habian proveido de las cosas necesarias, y les habian guiado y encaminado, y iban muy adelante cerca del puerto de Itabitan, donde decian que habian de esperar el armada de los bergantines. Sabida esta nueva, luego con mucha presteza mandó dar vela, y se partió del puerto Guayviaño, y fué navegando por el rio arriba con buen viento de vela; y el propio dia á las nueve de la mañana llegó al puerto de Itabitan, donde halló haber llegado la gente de caballo todos muy buenos, y le informaron haber pasado con mucha paz y concordia por todos los pueblos de la tierra, donde á todos habian dado muchas dádivas de los rescates que les dieron para el camino.

CAPITULO XLVIII.

De cómo en este puerto se embarcaron los caballos.

En este puerto de Itabitan estuvo dos dias, en los cuales se embarcaron los caballos y se pusieron todas las cosas del armada en la órden que convenia; y porque la tierra donde estaban y residian los indios payaguaes estaba muy cerca de allí adelante, mandó que

el indio del puerto de Ipananie, que sabia la lengua de los indios payaguaes y su tierra, se embarcase en el bergantín que iba por capitán de los otros, para haber siempre aviso de lo que se habia de hacer, y con buen viento de vela partió del puerto; y porque los indios payaguaes no hiciesen ningun daño en los indios guaranies que llevaba en su compañía, les mandó que todos fuesen juntos hechos en un cuerpo, y no se apartasen de los bergantines, y por mucha órden fuesen siguiendo el viaje, y de noche mandó surgir por la ribera del rio á toda la gente, y con buena guarda durmió en tierra, y los indios guaranies ponian sus canoas junto á los bergantines, y los españoles y los indios tomaban y ocupaban una gran legua de tierra por el rio abajo, y eran tantas las lumbres y fuegos que hacian, que era gran placer de verlos; y en todo el tiempo de la navegacion el Gobernador daba de comer así á los españoles como á los indios, y iban tan proveidos y hartos, que era gran cosa de ver, y grande la abundancia de las pesquerías y caza que mataban, que lo dejaban sobrado, y en ello habia una montería de unos puercos que andan continuo en el agua, mayores que los de España: estos tienen el hocico romo y mayor que estos otros de acá de España; llámanlos de agua; de noche se mantienen en la tierra, y de dia andan siempre en el agua, y en viendo la gente dan una zambullada por el rio, y métense en lo hondo, y están mucho debajo del agua, y cuando salen encima, están un tiro de ballesta de donde se zambulleron; y no pueden andar á caza y montería de estos puercos menos que media docena de canoas con indios, las cuales como ellos se zambullen, las tres van para arriba, y las tres para abajo, y están repartidas en tercios, y en los arcos puestas sus flechas, para que en saliendo que salen encima del agua, le dan tres ó cuatro flechazos con tanta presteza, antes que se torne á meter debajo, y de esta manera los siguen, hasta que ellos salen de bajo del agua, muertos con las heridas; tienen mucha carne de comer, la cual tienen por buena los cristianos, aunque no tenian necesidad de ella; y por muchos lugares de este rio hay muchos puercos de estos; iba toda la gente en este viaje tan gorda y recia, que parecia que salian entonces de España. Los caballos iban gordos, y muchos dias los sacaban en tierra á cazar y montar con ellos, porque habia muchos venados y dantas, y otros animales, y salvajinas, y muchas nutras.

CAPITULO XLIX.

Cómo por este puerto entró Juan de Ayolas cuando le mataron á él y á sus compañeros.

A 12 dias del mes de octubre llegó al puerto que dicen de la Candelaria, que es tierra de los indios payaguaes, y por este puerto entró con su gente el capitán Juan de Ayolas, y hizo su entrada con los españoles que llevaba, y en el mismo puerto cuando volvió de la entrada que hizo, y dejó allí que le esperase á Domingo de Irala con los bergantines que habian traído, y cuando volvió no halló á los bergantines; y estándolos esperando tardó allí mas de cuatro meses, y en este tiempo padesció muy grande hambre; y conocido por los payaguaes su gran flaqueza y falta de sus armas, se co-

menzaron á tratar con ellos familiarmente, y como amigos los dijeron que los querian llevar á sus casas para mantenerlos en ellas; y atravesándolos por unos pajonales, cada dos indios se abrazaron con un cristiano, y salieron otros muchos con garrotes, y diéronles tantos palos en las cabezas, que de esta manera mataron al capitán Juan de Ayolas y á ochenta hombres que le habian quedado, de ciento y cincuenta que traia cuando entró la tierra adentro; y la culpa de la muerte de estos tuvo el que quedó con los bergantines y gente aguardando allí; el cual desamparó el puerto y se fué el rio abajo por do quiso. Y si Juan de Ayolas los hallara adonde los dejó, él se embarcara y los otros cristianos, y los indios no los mataran; lo cual hizo el Domingo de Irala con mala intencion, y porque los indios los mataban, como los mataron, por alzarse con la tierra, como después pareció que lo hizo contra Dios y contra su rey, y hasta hoy está alzado, y ha destruido y asolado toda aquella tierra, y há doce años que la tiene tiránicamente. Aquí tomaron los pilotos el altura, y dijeron que el puerto estaba en veinte y un grados menos un tercio.

Llegados á este puerto, toda la gente de la armada estaba recogida por ver si podrian haber plática con los indios payaguaes y saber de ellos dónde tenian sus pueblos; y otro dia siguiente á las ocho de la mañana parecieron á riberas del rio hasta siete indios de los payaguaes, y mandó el Gobernador que solamente les fuesen á hablar otros tantos españoles, con la lengua que traia para ellos (que para aquel efecto era muy buena); y así, llegaron adonde estaban, cerca de ellos, que se podian hablar y entender unos á otros, y la lengua les dió que se llegasen mas, que se pudiesen platicar, porque querian hablarles y asentar la paz con ellos, y que aquel capitán de aquella gente no era venido á otra cosa; y habiendo platicado en esto, los indios preguntaron si los cristianos que agora nuevamente venian en los bergantines, si eran de los mismos que en el tiempo pasado solian andar por la tierra; y como estaban avisados los españoles, dijeron que no eran los que en el tiempo pasado andaban por la tierra, y que nuevamente venian; y por esto que oyeron, se juntó con los cristianos uno de los payaguaes y fué luego traído ante el Gobernador, y allí con las lenguas le preguntó por cuyo mandado era venido allí, y dijo que su principal habia sabido de la venida de los españoles, y le habia enviado á él y á los otros sus compañeros á saber si era verdad que eran los que anduvieron en el tiempo pasado, y les dijese de su parte que él deseaba ser su amigo, y que todo lo que habia tomado á Juan de Ayolas y los cristianos, él lo tenia recogido y guardado para darlo al principal de los cristianos porque hiciese paz y le perdonase la muerte de Juan de Ayolas y de los otros cristianos, pues que los habian muerto en la guerra; y el Gobernador le preguntó por la lengua qué tanta cantidad de oro y plata seria la que tomaron á Juan de Ayolas y cristianos, y señaló que seria hasta sesenta y seis cargas que traian los indios chaneses, y que todo venia en planchas y en braceletes, y coronas y hachetas, y vasijas pequeñas de oro y plata, y dijo al indio por la lengua que dijese á su principal que su majestad le habia mandado

que fuese en aquella tierra á asentar la paz con ellos y con las otras gentes que la quisiesen, y que las guerras ya pasadas les fuesen perdonadas; y pues su principal queria ser amigo y restituir lo que habia tomado á los españoles, que viniese á verle y á hablarle, porque él tema muy gran deseo de lo ver y hacer buen tratamiento, y asentarian la paz y le recibiria por vasallo de su majestad, y que dende luego viniese, que le seria hecho muy buen tratamiento, y para en señal de paz le envió muchos rescates y otras cosas para que le llevasen, y al mismo indio le dió muchos rescates y le preguntó cuándo volveria él y su principal. Este principal, aunque es pescador, y señor de esta captiva gente (porque todos son pescadores), es muy grave, y su gente le teme y le tienen en mucho; y si alguno de los suyos le enoja en algo, toma un arco y le da dos y tres flechazos, y muerto, envia á llamar su mujer (si la tiene), y dale una cuenta, y con esto le quita el enojo de la muerte. Si no tiene cuenta, dale dos plumas, y cuando este principal ha de escupir, el que mas cerca de él se halla pone las manos juntas, en que escupe. Estas borracheras y otras de esta manera tiene este principal, y en todo el rio no hay ningun indio que tenga las cosas que este tiene. La lengua de este le respondió que él y su principal serian allí otro dia de mañana, y en aquella parte le quedó esperando.

CAPITULO L.

Cómo no tornó la lengua ni los demás que habian de tornar.

Pasó aquel dia y otros cuatro, y visto que no volvan, mandó llamar la lengua que el Gobernador llevaba de ellos, y le preguntó qué le parecia de la tardanza del indio. Y dijo que él tenia por cierto que nunca mas volveria, porque los indios payaguaes eran muy mañosos y cautelosos, y que habian dicho que su principal queria paz y queria tentar y entretener los cristianos y indios guaranies que no pasasen adelante á buscarlos en sus pueblos, y porque entre tanto que esperaban á su principal, ellos alzasen sus pueblos, mujeres y hijos; y que así, creia que se habian ido huyendo á esconder por el rio arriba á alguna parte, y que le parecia que luego habia de partir en su seguimiento, que tenia por cierto que los alcanzaria, porque iban muy embarazados y cargados; y que lo que á él le parecia, como hombre que sabe aquella tierra, que los indios payaguaes no pararian hasta la laguna de una generacion que se llama los mataraes, á los cuales mataron y destruyeron estos indios payaguaes, y se habian apoderado en su tierra, por ser muy abundosa y de grandes pesquerías; y luego mandó el Gobernador alzar los bergantines con todas las canoas, y fué navegando por el rio arriba, y en las partes donde surgia parecia que por la ribera del rio iba gran rastro de la gente de los payaguaes que iban por tierra, y (segun la lengua dijo) que ellos y las mujeres y hijos iban por tierra por no haber en las canoas. A cabo de ocho dias que fueron navegando, llegó á la laguna de los mataraes, y entró por ella sin hallar allí los indios, y entró con la mitad de la gente por tierra para los buscar y tratar con ellos las paces; y otro dia siguiente, visto que no parecian, y por no gastar mas bastimentos en balde, mandó recoger todos los cristia-

nos y indios guaraníes, los cuales habían hallado ciertas canoas y palas de ellas, que habían dejado debajo del agua escondidas, y vieron el rastro por donde iban; y por no detenerse, el Gobernador, recogida la gente, siguió su viaje llevando las canoas junto con los bergantines; fué navegando por el río arriba, unas veces á la vela y otras al remo y otras á la sirga, á causa de las muchas vueltas del río, hasta que llegó á la ribera, donde hay muchos árboles de cañafistola, los cuales son muy grandes y muy poderosos, y la cañafistola es de casi palmo y medio, y es tan gruesa como tres dedos. La gente comía mucho de ella, y de dentro es muy melosa; no hay diferencia nada á la que se trae de las otras partes á España, salvo ser mas gruesa, y algo áspera en el gusto, y cáusalo como no se labra; y de estos árboles hay mas de ochenta juntos en la ribera de este río del Paraguay. Por do fué navegando hay muchas frutas salvajes que los españoles y indios comían, entre las cuales hay una como un limon ceuti muy pequeño, así en el color como cáscara; en el agrio y en el olor no difieren al limon ceuti de España, que será como un huevo de paloma; esta fruta es en la hoja como del limon. Hay gran diversidad de árboles y frutas, y en la diversidad y extrañeza de los pescados grandes diferencias, y los indios y españoles mataban en el río cosa que no se puede creer de ellos, todos los días que no hacía tiempo para navegar á la vela; y como las canoas son ligeras y andan mucho al remo, tenían lugar de andar en ellas cazando de aquellos puercos del agua y nutrias (que hay muy grande abundancia de ellas); lo cual era muy gran pasatiempo. Y porque le pareció al Gobernador que á pocas jornadas llegaríamos á la tierra de una generacion de indios que se llaman guaxarapos, que están en la ribera del río Paraguay, y estos son vecinos que contratan con los indios del puerto de los Reyes, donde íbamos, que para ir allí con tanta gente de navios y canoas y indios, se escandalizarían y meterían por la tierra adentro; y por los pacificar y sosegar, partió la gente del armada en dos partes, y el Gobernador tomó cinco bergantines y la mitad de las canoas y indios que en ellas venían, y con ello acordó de se adelantarse, y mandó al capitán Gonzalo de Mendoza que con los otros bergantines y las otras canoas y gente viniesen en su seguimiento poco á poco, y mandó al capitán que gobernase toda la gente, españoles y indios, mansa y graciosamente, y no consintiese que se desmandase ningun español ni indio; y así por el río como por la tierra no consintiese á ningun natural hacer agravio ni fuerza, y hiciese pagar los mantenimientos y otras cosas que los indios naturales contratasen con los españoles y con los indios guaraníes; por manera que se conservase toda la paz que convenia al servicio de su majestad y bien de la tierra. El Gobernador se partió con los cinco bergantines y las canoas que dicho tengo; y así fué navegando, hasta que un día, á 18 de octubre, llegó á tierra de de los indios guaxarapos, y salieron hasta treinta indios, y pararon allí los bergantines y canoas hasta hablar aquellos indios y asegurarlos, y tomar de ellos aviso de las generaciones de adelante, y salieron en tierra algunos cristianos por su mandado, porque los indios de la tierra los llamaban y se venían para ellos; y

llegados á los bergantines, entraron en ellos hasta seis de los mismos guaxarapos, á los cuales habló con la lengua y les dijo lo que había dicho á los otros del río abajo, para que diesen la obediencia á su majestad, y que dándola, él los ternía por amigos, y así la dieron todos, y entre ellos había un principal, y por ello el Gobernador les dió de sus rescates y les ofreció que haría por ellos todo lo que pudiese; y cerca de estos indios, en aquel paraje do el Gobernador estaba con los indios, estaba otro río que venía por la tierra adentro, que sería tan ancho como la mitad del río Paraguay; mas corría con tanta fuerza el agua, que era espanto; y este río desaguaba en el Paraguay, que venía de hácia el Brasil, y era por donde dicen los antiguos que vino García el portugués, y hizo guerra por aquella tierra, y había entrado por ella con muchos indios, y le habían hecho muy gran guerra en ella y destruido muchas poblaciones, y no traía consigo mas de cinco cristianos, y toda la otra eran indios; y los indios dijeron que nunca mas lo habían visto volver; y traía consigo un mulato que se llamaba Pacheco, el cual volvió á la tierra de Guacani, y el mismo Guacani le mató allí, y el García se volvió al Brasil; y que de estos guaraníes que fueron con García habían quedado muchos perdidos por la tierra adentro, y que por allí hallaría muchos de ellos, de quien podría ser informado de lo que García había hecho, y de lo que era la tierra, y que por aquella tierra habitaban unos indios que se llamaban chaneses, los cuales habían venido huyendo y se habían juntado con los indios sococies y xaquetes, los cuales habitan cerca del puerto de los Reyes. Y vista esta relacion del indio, el Gobernador se pasó adelante á ver el río por donde había salido García, el cual estaba muy cerca donde los indios guaxarapos se le mostraron y hablaron; y llegado á la boca del río que se llama Yapaneme, mandó sondar la boca, la cual halló muy honda, y así lo era dentro, y traía muy gran corriente, y de una banda y otra tenía muchas arboledas, y mandó subir por él una legua arriba un bergantin que iba siempre sondando, y siempre lo hallaba mas hondo, y los indios guaxarapos le dijeron que por la ribera del río estaba todo muy poblado de muchas generaciones diversas, y eran todos indios que sembraban maíz y mandioca, y tenían muy grandes pesquerías del río, y tenían tanto pescado cuanto querían comer, y que del pescado tienen mucha manteca, y mucha caza; y vueltos los que fueron á descubrir el río, dijeron que habían visto muchos humos por la tierra en la ribera del río, por do parece estar la ribera del río muy poblada; y porque era ya tarde, mandó surgir aquella noche frontero de la boca de este río, á la falda de una sierra que se llama Santa Lucía, que es por donde había atravesado García; y otro día de mañana mandó á los pilotos que consigo llevaba, que tomasen el altura de la boca del río, y está en diez y nueve grados y un tercio. Aquella noche tuvimos allí muy gran trabajo con un aguacero que vino de muy grande agua y viento muy recio, y la gente hicieron muy grandes fuegos, y durmieron muchos en tierra, y otros en los bergantines, que estaban bien toldados de esteras y cueros de venados y dantas.

CAPITULO LI.

De cómo hablaron los guaxarapos al Gobernador.

Otro día por la mañana vinieron los indios guaxarapos que el día antes habían estado con el Gobernador, y venían en dos canoas; trujeron pescado y carne, que dieron á la gente; y después que hubieron hablado con el Gobernador, les pagó de sus rescates y se despidió de ellos, diciéndoles que siempre los ternía por amigos y les favorecería en todo lo que pudiese, y porque el Gobernador dejaba otros navios con gente y muchas canoas con indios guaraníes sus amigos, él los rogaba que cuando allí llegasen, fuesen de ellos bien recibidos y bien tratados, porque haciéndolo así, los cristianos y indios no les harían mal ni daño ninguno; y ellos se lo prometieron así (aunque no lo cumplieron). Y túvose por cierto que un cristiano dió la causa y tuvo la culpa (como diré adelante); y así, se partió de estos indios, y fué navegando por el río arriba todo aquel día con buen viento de vela, y á la puesta del sol llegóse á unos pueblos de indios de la misma generacion, que estaban asentados en la ribera junto al agua, y por no perder el tiempo, que era bueno, pasó por ellos sin se detener; son labradores y siembran maíz y otras raíces, y danse mucho á la pesquería y caza, porque hay mucha en grande abundancia; andan en cueros ellos y sus mujeres, excepto algunas, que andan tapadas sus vergüenzas; lábrause las caras con unas puas de rayas, y los bezos y las orejas traen horadados; andan por los ríos en canoas, no caben en ellas mas de dos ó tres personas; son tan ligeras, y ellos tan diestros, y al remo andan tan recio río abajo y río arriba, que parece que van volando, y un bergantin (aunque allí son hechos de cedro) al remo y á la vela, por ligero que sea y por buen tiempo que haga, aunque no lleve la canoa mas de dos remos y el bergantin lleve una docena, no la puede alcanzar; y hácese guerra por el río en canoas, y por la tierra, y todavía entre ellos tienen sus contrataciones, y los guaxarapos les dan canoas, y los payaguaes se las dan tambien, porque ellos les dan arcos y flechas cuantos han menester, y todas las otras cosas que ellos tienen de contratacion; y así, en tiempos son amigos, y en otros tienen sus guerras y enemistades.

CAPITULO LII.

De cómo los indios de la tierra vienen á vivir en la costa del río.

Cuando las aguas están bajas los naturales de la tierra adentro se vienen á vivir á la ribera con sus hijos y mujeres á gozar de las pesquerías, porque es mucho el peixe que matan, y está muy gordo; están en esta buena vida bailando y cantando todos los días y las noches, como gentes que tienen seguro el comer; y como las aguas comienzan á crescer, que es por enero, vuélvense á recoger á partes seguras, porque las aguas crescen seis brazas en alto encima de las barrancas, y por aquella tierra se extienden por unos llanos adelante mas de cien leguas la tierra adentro, que parece mar, y cubre los árboles y palmas que por la tierra están, y pasan los navios por encima de ellos; y esto acontece todos los años del mundo ordinariamente, y pasa esto en el tiempo y coyuntura cuando el sol parte del trópico de allá y viene

HA.

para el trópico que está acá, que está sobre la boca del río del Oro; y los naturales del río, cuando el agua llega encima de las barrancas, ellos tienen aparejadas unas canoas muy grandes para este tiempo, y en medio de las canoas echan dos ó tres cargas de barro, y hacen un fogon; y hecho, métese el indio en ella con su mujer y hijos y casa, y vanse con la creciente del agua donde quieren, y sobre aquel fogon hacen fuego y guisan de comer y se calientan, y así andan cuatro meses del año que tura esta creciente de las aguas; y como las aguas andan crescidas, saltan en algunas tierras que quedan descubiertas, y allí matan venados y dantas, y otras salvajinas que van huyendo del agua; y como las aguas hacen repunta para volver á su curso, ellos se vuelven cazando y pescando como han ido, y no salen de sus canoas hasta que las barrancas están descubiertas, donde ellos suelen tener sus casas; y es cosa de ver, cuando las aguas vienen bajando, la gran cantidad de pescado que deja el agua por la tierra en seco; y cuando esto acaesce, que es en fin de marzo y abril, todo este tiempo hiede aquella tierra muy mal, por estar la tierra emponzoñada; en este tiempo todos los de la tierra, y nosotros con ellos, estuvimos malos, que pensamos morir; y como entonces es verano en aquella tierra, es incomportable de sufrir; y siendo el mes de abril comienzan á estar buenos todos los que han enfermado. Todos estos indios sacan el hilado que han menester para hacer sus redes, de unos cardos; machácanlos y échanlos en un ciénago, y después que está quince días allí, ráenlos con unas conchas de almejonas, y sale curado, y queda mas blanco que la nieve. Esta gente no tenían principal, puesto que en la tierra los hay entre todos ellos; mas estos son pescadores, salvajes y salteadores; es gente de frontera; todos los cuales, y otros pueblos que están á la lengua del agua, por do el Gobernador pasó, no consintió que ningun español ni indio guaraní saliese en tierra, porque no se revolviessen con ellos, por los dejar en paz y contentos; y les repartió graciosamente muchos rescates, y les avisó que venían otros navios de cristianos y de indios guaraníes, amigos suyos; que los tuviesen por amigos y que tratasen bien. Yendo caminando un viérnes de mañana, llegóse á una muy gran corriente del río, que pasa por entre unas peñas cortadas, y por aquella corriente pasan tan gran cantidad de pexes que se llaman dorados, que es infinito número de ellos los que continuo pasan, y aquí es la mejor corriente que hallaron en este río, la cual pasamos con los navios á la vela y al remo. Aquí mataron los españoles y indios en obra de una hora muy gran cantidad de dorados, que hobo cristiano que mató él solo cuarenta dorados; son tamaños, que pesan media arroba cada uno, y algunos pesan arroba; es muy hermoso pescado para comer, y el mejor bocado de él es la cabeza; es muy graso y sacan de él mucha manteca, y los que lo comen con ella, andan siempre muy gordos y lucios, y bebiendo el caldo de ellos, en un mes los que lo comen se despojan de cualquier sarna y lepra que tenga; de esta manera fué navegando con buen viento de vela que nos hizo. Un día en la tarde, á 25 días del mes de octubre, llegó á una division y apartamiento que el río hacia, que se hacían tres brazos de río: el

37